

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/321949449>

Universidades latinoamericanas frente al mercado global de la Educación Superior: ¿cómo ser competentes sin conocimientos?

Chapter · January 2014

DOI: 10.15304/9788416533596

CITATIONS

0

READS

45

1 author:



Imanol Ordorika

Universidad Nacional Autónoma de México

166 PUBLICATIONS 1,045 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Comparative Study of Mexican Universities / Estudio Comparativo de Universidades Mexicanas [View project](#)



Higher Education Federalism: regulation and structure of higher education in "federal type" systems [View project](#)

UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO



Edición a cargo de
ADRIANA GEWERC

UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

*UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD
DEL CONOCIMIENTO*

*UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD
DEL CONOCIMIENTO*

Edición a cargo de
ADRIANA GEWERC

© Universidade de Santiago de Compostela, 2014

Ilustración de cuberta

Cielo roto, © divad, 2014; en
<https://www.flickr.com/photos/divad/187384835/>;
reprodúcese con licencia CC BY-SA 2.0

Edita

Servizo de Publicacións e Intercambio Científico
da Universidade de Santiago de Compostela
Campus Vida
15782 Santiago de Compostela
usc.es/publicacions

DOI: <http://dx.doi.org/10.15304/9788416533596>

ISBN 978-84-16533-59-6

Índice

- 9 Introducción
- 17 Universidades, conocimiento y curriculum.
Repensar la educación superior para el siglo XXI
RONALD BARNETT
- 55 Universidades latinoamericanas frente al mercado global de la
Educación Superior: ¿cómo ser competentes sin conocimientos?
IMANOL ORDORIKA
- 99 Estudiando el cambio en el curriculum
y las reformas educativas
IVOR GOODSON
- 143 El papel de las tecnologías de la información, la comunicación
y el conocimiento en los procesos de sobredeterminación
curricular
ALICIA DE ALBA
- 179 Las determinaciones curriculares en universidades
iberoamericanas en la primera década del siglo XXI
ADRIANA GEWERC

UNIVERSIDADES LATINOAMERICANAS FRENTE AL MERCADO GLOBAL DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR

IMANOL ORDORIK
Universidad Autónoma de México

I. Introducción

Doy las gracias a los coordinadores del seminario y a la Universidad de Santiago de Compostela por la oportunidad de intercambiar puntos de vista. Es un gusto estar aquí.

Ayer oímos opiniones muy interesantes. Voy a tratar de conectar la mía con las de ayer. Me pareció muy analítica la visión del profesor Barnett sobre tres –a lo mejor cuatro, contando un proyecto semi-utópico– cuatro periodos, cuatro énfasis sobre la universidad contemporánea.

Él es muy ordenado en esta conceptualización de los temas universitarios y me remitió inmediatamente al punto de preguntarme cómo se mueve la universidad entre uno y otro modelo, entre uno y otro periodo que es, básicamente, la aproximación con la que yo toco el tema de la educación superior, tanto en sus expresiones políticas internas como en los cambios que están ocurriendo en el plano mundial.

Creo que la única manera de entender qué es lo que ocurre al interior de cada uno de esos modelos (que podemos construir para percibir a la universidad), es asumir una caracterización de la universidad que tradicionalmente se niega o se condena; esto es: entender a la universidad como institución política de la sociedad.

Me parece que más allá del modelo, se advierte un rasgo permanente de la universidad que es esa esencia política –entendida en su mejor sentido y a veces también en el peor–, como un espacio de la sociedad en la cual están en permanente confrontación proyectos sobre la universidad. Es el balance en las relaciones de fuerza, una concepción que nos remite inmediatamente a la idea de política, que va permitiendo explicar cómo se dan los cambios y cómo, en todo caso, se va inclinando la universidad a un estilo, a un modelo, a una práctica, en suma, a una forma de ser.

Cuando hablamos de la universidad, nos referimos a este ente social con pedigrí que conserva tradiciones, vestimentas, lenguas, imágenes, símbolos, escudos de la Edad Media que enorgullecen enormemente. Se dice con frecuencia en los foros académicos universitarios que la universidad es una de las instituciones más antiguas de la sociedad, que junto con la iglesia católica ha permanecido hasta la época contemporánea de un modo totalmente controversial y conflictivo.

Por un lado, es cierto que es justo reivindicar esa antigüedad como institución; pero también habría que colocarla en perspectiva. Un colega muy querido dice que las panaderías datan de hace más tiempo que las universidades y no hay ningún panadero que diga «somos una institución ancestral» y le ponga nombre en latín y agregue que esencialmente sigue haciendo pan como antes. Hay cambios tecnológicos.

Esta imagen de la universidad que se autolegitima y que permanentemente está buscando en sus raíces este elemento de

importancia central en la sociedad, muestra que la universidad como institución está sujeta a una especie de aprobación por parte de la sociedad y de los integrantes de la misma universidad. Si no, ¿por qué habría que estar buscando todo el tiempo este origen en los decretos de Alfonso X El sabio; que si fue primero Bolonia, que si se fundó la Real Universidad de México antes que la de Santo Domingo o la de Córdoba, y todos nos sabemos las fechas, seguramente somos muy críticos pero sacamos el pedigrí, que si Córdoba era del 1623?

¿A dónde nos lleva esto? A decir que cuando hablamos de la institución universitaria hay suficientes elementos en común para entendernos. A veces no ponemos suficiente énfasis en lo que existe de diferente también para entendernos y para entender las distintas evoluciones. En este punto probablemente compartimos más rasgos de lo que entendemos y lo que hemos vivido en la universidad de los que pensamos.

Las fundaciones de las universidades de Cambridge y Oxford están dadas por migraciones y peregrinajes de académicos de la Universidad de Paris. Adquieren rasgos distintivos que la hacen distintas y diferentes a las latinoamericanas. Las universidades en Latinoamérica fueron exportadas a golpes, impuestas por la iglesia católica española y, en todo caso, tuvieron cierta influencia francesa después de la Ilustración. Tienen esas características de la universidad española y la francesa: facultades bien establecidas, separación entre las disciplinas y profesiones que las dotan de un rasgo particular en contraposición a lo que después se conoce como tradición alemana de investigación.

Ciertamente no es igual a la universidad española y latinoamericana que se ubican, incluso hasta hoy, en una confluencia entre lo metafísico, si es que puede llamarse así, y el orden de

lo cultural, ideológico y lo propiamente científico. Es verdad que vivimos muchos años –por las condiciones de desarrollo histórico de España y de sus colonias– en los cuales las universidades nuestras no se acercaban a la investigación, estaban para revisión, síntesis y recreación de los textos sagrados. Muy lejos de esa tradición que emerge básicamente en Alemania y que se recoge con una gran fuerza en el modelo norteamericano de universidad de investigación a finales del siglo XIX y principios del XX.

Y es en ese momento, de disputas entre iglesia y monarquía, que se establecen las universidades. Un dato: diversas universidades de Latinoamérica aún llevan sus nombres originales. En Cochabamba, Bolivia, se llama San Simón y en Perú, San Marcos. La nuestra, ahora que nos acaban de otorgar el Premio Príncipe de Asturias, ha sido objeto de bromas. Alguien sugería que había que volver a llamarla Real y Pontificia porque esa universidad, esencialmente republicana, aceptaba un premio de la realeza; en fin. Lo que muestra la historia es que esta interacción política ha existido desde siempre y que dentro y fuera de la universidad, se expresan las tensiones políticas, como parte de disputas más amplias. Muestra también, cómo a pesar de que hay enfoques comunes fundamentales, hay cambios en la historia y una enorme cantidad –o diversidad de tradiciones universitarias para no magnificar el asunto– que responden a modelos de desarrollo diferentes.

2. Entre lo público y lo privado

Históricamente, en todas ellas ha habido una tensión entre la producción de bienes públicos y la producción de bienes

privados. Coincido en que ahora la producción de bienes privados es importante; pero considerar que es un fenómeno nuevo me parece no del todo preciso. A lo mejor solamente es una cuestión de matiz, pero creo que esa tensión entre lo público y lo privado aparece en las universidades públicas.

Originalmente son públicas. En algunos países como España, son fundamentalmente públicas. Actualmente hay pocas universidades privadas aunque parece que han empezado a crecer como en el resto del mundo.

En otros países, como México, las universidades privadas son mayoría aunque cubren una porción de la matrícula estudiantil relativamente reducida. Debo señalar que incluso en este segmento se presenta esta tensión entre producción de bienes públicos y bienes privados, sin embargo, la tendencia histórica de cada universidad se presenta precisamente a partir de cómo se va resolviendo esa tensión. Tal cuestión no se resuelve de una vez y para siempre y consta, fundamentalmente, de tres aspectos: el acceso a la universidad (quien llega a la universidad) históricamente un tema político, de conflicto permanente, de debate y de tensión, en donde una de las caracterizaciones de lo que es un bien privado es ese bien que cuando una persona lo consume evita que otra persona lo consuma. Digamos, si se me permite, que es la definición clásica de lo que es un bien privado. Aquí se muestra que el acceso a la educación –la democratización, la apertura, la masificación de las instituciones– es una expresión de esa tensión entre lo público y lo privado.

Hoy en día, vemos con más claridad un segundo ámbito de enorme tensión en el amplio espectro de oportunidades universitarias: los usos del conocimiento. ¿Qué es lo que produce la universidad y para qué lo produce? Si aseguramos que Bolonia

es la primera universidad propiamente establecida –aunque no se trata de entrar en polémica– es porque ahí se fija un acuerdo de estudiantes para contratar profesores con el propósito de que les provean de una licencia para ejercer la profesión de notario. Entonces, esa universidad original de Bolonia, tan celebrada, era una productora de bienes privados; le daba al egresado la licencia y éste la ejercía. Era una especie de carta blanca para ser abogado, pero en un primer momento, notario, estrictamente.

Por supuesto que el asunto ha recorrido largo trecho y hoy se debe poner atención en la producción de bienes universitarios, desde el punto de vista del estudiante a partir de la formación que se le da: qué elementos intervienen en la conformación de las curricula, la orientación de las disciplinas así como de las profesiones, si es una universidad profesionalizante o no lo es, si se organiza por departamentos o bien si está enfocada a la investigación, estrictamente en el ámbito formativo.

A fin de cuentas lo que la universidad otorga a los estudiantes es, en primer lugar, una licencia. A veces una licencia para profesiones difíciles de ejercer. Todavía no se sabe bien cómo un licenciado en física va haciendo física por la sociedad; pero para un arquitecto resulta perfectamente claro el ejercicio de su profesión. Y esto continúa porque existe esa tradición, aunque en las universidades han entrado los debates históricos sobre el tipo de ciudadano que deben formar.

Hay una discusión muy fuerte en la tradición latinoamericana, que arranca en 1918 con la reforma de la Universidad de Córdoba, cuando los estudiantes se plantean una responsabilidad social, un deber ser del universitario. No orientado hacia sí mismo sino hacia la construcción de la sociedad en su conjunto. Aquí es donde entra el espacio estrictamente formativo

del estudiante, esa tensión entre el uso del conocimiento con fines privados y fines públicos, a veces difícil de distinguir, desde la perspectiva de la formación.

Acabo de recibir un libro acerca de los activistas más importantes de la reforma de Córdoba (Deodoro Roca, Arturo Orgaz y otros que estuvieron muy relacionados). En efecto, obtuvieron un título que les permitió ejercer una profesión, el periodismo; hacer filosofía; pero no se advierte dónde empieza y dónde termina lo público y lo privado en la formación de cada uno de ellos. Ese es quizá uno de los puntos más complejos de esa tensión entre lo público y lo privado, y hoy, cuando vemos a la universidad esencialmente productora de conocimientos, donde el énfasis se ha puesto ahí, más que en la formación de los estudiantes, vemos el tipo de conocimientos que se producen y para quien, lo que deviene en un enorme punto de tensión.

El tercer punto que quiero discutir está relacionado con la asignación de recursos universitarios. Por supuesto, el asunto tensa la relación entre la universidad y el exterior por la exigencia de financiamiento público. Asimismo, tensa el espacio interior. Esa situación se advierte en la marginación de las ciencias sociales —las humanidades—, frente a las ciencias duras y las ingenierías, pues se supone que son más relevantes, más onerosas y que reciben recursos abundantes. Prácticamente, este es el denominador común en todas las universidades del mundo.

De ahí que la asignación de recursos sea siempre un tema polémico. Puede aparecer por la vía de los costos de matriculación (en México les llamamos cuotas), un tema recurrente que, creo, también se expresa y se expresó en universidades alemanas y norteamericanas sobre todo en los años sesenta del siglo pasado. Por cierto, en el periodo reciente, las huelgas estudiantiles en mi universidad, se han desencadenado por exigir la gratuidad.

Para resumir: esos tres temas de tensión en la universidad, donde se expresa el conflicto entre lo público y lo privado es, digamos, una confrontación a partir de la expansión del capitalismo, una lógica de acumulación de capital, aquella en la que la universidad participa en la expansión de todas las capacidades de acumulación de capital a través de la formación de profesionistas frente a una lógica de democratización, de justicia y de equidad social que tiene que ver con el acceso a la educación misma, con las posibilidades de participación en el mercado laboral; también con la preservación de los idiomas y lenguas que han sido marginadas y de las culturas que están disputando sus espacios. Quiero resaltar mi diferencia con la idea que sostiene que la universidad tiene siempre un cierto carácter reproductor.

Es cierto que la universidad y la educación en su conjunto conforman un aparato de Estado para reproducir ideología; pero me parece que a lo largo de la historia reciente hay suficiente evidencia para demostrar que si bien es un espacio de reproducción, también resulta un espacio que favorece la acumulación de capital. Al mismo tiempo es un espacio de liberación, de construcción de la resistencia social, de alternativas de proyectos; en suma, del otro mundo posible.

Desde mi punto de vista, la universidad es un espacio político de acción de la sociedad en torno a los temas de la creación y difusión de conocimientos, que en algunos momentos adquiere enorme centralidad y en otros menos peso.

3. Universidad y sociedad del conocimiento

¿Qué sucede, entonces, cuando se llega a ese mundo denominado «sociedad del conocimiento» o «economía de la información»? Ese mundo, donde la revolución informática estimula la posibilidad del intercambio casi instantáneo de información, así como de recursos financieros e incluso de servicios y hasta de bienes materiales a velocidades insospechadas, donde uno de los elementos, el conocimiento, se convierte de manera creciente en vehículo la acumulación. Dicho conocimiento se va transformando no en un insumo para la producción sino en un producto comercializable en sí mismo.

Desde el momento en que apareció el primer libro producido en una universidad destinado a su venta, pudo hablarse de que hay una cosificación del conocimiento, una mercantilización, la transformación de un bien en mercancía, para usar el término marxista clásico. Lo que ha ocurrido no es que súbitamente la universidad se haya mercantilizado sino que en esta enorme tensión entre la producción para el espacio público y para el privado, de repente, un conjunto de bienes aprovechables para la sociedad, empiezan a ser vistos como bienes intercambiables en el mercado; o sea que pueden ser vendidos y entonces se constituyen en mercancía.

¿Cómo se aproximan al mundo contemporáneo las diversas tradiciones universitarias? Es otro punto que me importa resaltar con el propósito de contrastar nuestras tradiciones con otras que operan en el plano mundial, que se han vuelto el centro del debate.

Para llegar ahí permítanme un paréntesis. En Europa se nota más la tradición de disponer de agua embotellada; pero cuando ese hecho se relaciona con mercantilización, se habla de

un proceso que no obedece a la ley de la naturaleza, como tratan de hacernos creer los economistas contemporáneos. De modo que embotellar agua obedece a acciones concretas de los seres humanos. Cuando en Latinoamérica, en mi país en concreto, el Estado da un servicio deficiente al proveer agua potable que no se puede beber, entonces la Coca-Cola aparece con la primera botella de agua que habíamos visto en una tienda.

Aquí, por lo menos, había alternativas para beber agua: con burbujas, de distintos tipos, a lo mejor porque el agua contiene más sales, no se cuál haya sido la razón. En el caso de México, y me parece que es el de otros países de Latinoamérica, un servicio público desaparece del ámbito social. Con otros agravantes: el líquido ni siquiera deja de fluir, inclusive a precios más baratos, pero no es consumible. De manera que, por omisión, el Estado genera el espacio para la mercantilización de lo que antes se consideraba un bien público. En ese momento aparece la mercancía, la botella de agua que hay comprar para consumirla.

Eso pasa en todos los ámbitos después de la restauración conservadora encabezada por de Margaret Thatcher y Ronald Reagan de los años setenta, esa «vuelta» al mundo de la economía clásica, de la economía liberal que, por supuesto, no sigue las reglas de la economía liberal. Se le ha llamado neoliberalismo, un término complejo, que de tanto uso acaba por decir nada. Básicamente lo que surge es un proceso de privatización y enorme apertura para que aparezca la empresa privada mercantilizando algo que antes era un bien consumible de manera colectiva: en este caso la educación. Por si fuera poco, la educación superior no ha estado ajena a este proceso de privatización y mercantilización que se ha dado de manera sistemática desde mediados de los años setenta.

¿Qué hemos visto? El surgimiento de una enorme cantidad de instituciones privadas; se ha desplazado el financiamiento de la educación superior de las arcas públicas a los bolsillos de las familias de los estudiantes. No digo que todas las universidades fueran gratuitas; pero cada vez ha sido necesario que los estudiantes contribuyan de manera creciente a sostener a las instituciones cuando éstas caen en condiciones de pobreza o cuando no pueden —quizá por estatus jurídico— aumentar las colegiaturas y están sujetas al decrecimiento de los financiamientos estatales.

Junto a esa transferencia del costo de la educación superior a los bolsillos privados está la contención de la oferta educativa en el sector público. Se crean menos lugares de los necesarios para absorber la demanda de educación superior y se desregula, o sea, se suprimen normas y reglamentos y requerimientos, de tal manera que se permite que los capitales privados empiecen a establecer más y más instituciones privadas de educación superior. Tal conjunto de medidas representan un proceso que ha sido racionalizado a posteriori por el Banco Mundial y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE).

Cuando ya era común esta práctica en nuestros países, aplican el recetario de la diversificación. Fue durante los años 90 del siglo pasado y principios de este nuevo que se aplica una de las recetas más socorridas: no más universidades estatales. Diversificación, en primer lugar, quería decir expandir el sector privado, diversificar las fuentes de financiamiento y que en el sector público hubiera una opción: no crear universidades en el sentido tradicional sino crear instituciones de carácter terciario, vocacionales, asociadas al mundo del trabajo. Por eso creo que el asunto de las competencias en educación superior no ha sido relevante; más bien se han planteado crear instituciones orientadas al trabajo.

En un encuentro en Bolivia donde se abordaba este tema, un representante del Banco Mundial desempolvó el recetario que llevaba a Latinoamérica (y seguramente a África y a Asia). Era exactamente el mismo plan privatizador y diversificador del financiamiento. Como oferta extraordinaria sugería la apertura de instituciones de carácter vocacional según el modelo del Community College estadounidense, que está relacionado con la empresa en el ámbito de la formación de fuerza laboral y cuya finalidad es preparar técnicamente para el trabajo. Así mostraban su concepción de las competencias. Curiosamente el modelo norteamericano está apuntalado en una sólida formación ya sea en computación o en gramática, etcétera, pero no es el modelo de lo que concebimos como competencias. En fin, dejemos el comentario ahí.

Volviendo al punto, esto es lo que ocurre en el estrato bajo de la educación postsecundaria. En cuanto al estrato alto, el modelo que ostentan como tremendamente exitoso es la cúspide del sistema norteamericano; un sistema muy diverso del que, en general, se conoce poco. Está integrado por un sistema desde los Community College hasta las universidades elitistas de investigación de renombre en el mundo; es decir, distintos tipos de colegios estatales públicos.

En California, por ejemplo, se pueden señalar los colegios comunitarios, el sistema de las universidades estatales y el sistema público de la Universidad de California que cuenta con alrededor de diez campi, del que dos son los que verdaderamente figuran a en el espectro mundial: Los Ángeles y Berkeley. Las demás están completamente estratificadas.

De manera que a la noción de diversidad que concibe el Banco Mundial, reproduciendo uno de los modelos norteamericanos –y

que presenta en todo el mundo como el camino a seguir— con la lógica de distintos tipos de educación terciaria, se le añade la creación de estratos perfectamente definidos en que los estudiantes entran y salen en niveles completamente diferentes.

La cúspide del modelo, decía, es la idealización de una universidad que remite de inmediato a Harvard o a Stanford y, en el ámbito público, a Michigan o Berkeley. Hay que recordar que son universidades con más estudiantes de posgrado que de licenciatura; que tienen como actividad fundamental la investigación. Asimismo, que alientan de manera intensa los vínculos con el mundo de la producción, que reciben financiamiento público pero también privado.

Es de advertir que hoy el ejercicio de diferenciar a la universidad pública de la privada se complica ya que, si se toma el financiamiento como eje de análisis, puede observarse que algunas universidades públicas reciben menos financiamiento público que algunas privadas. También aparecen universidades públicas con menos autonomía que algunas privadas, y otras con esa condición exactamente al revés. De modo que, tanto jurídica como financieramente esa distinción resulta confusa. No obstante, lo central es la idea que maneja el profesor Barnett en uno de sus modelos: la universidad emprendedora.

Desde mi punto de vista, tal idea no es modelo de desarrollo; me parece que es la imagen de la universidad exitosa, convertida en paradigma de la universidad contemporánea; la universidad que concentra docencia e investigación en el posgrado, que mantiene su componente de formación en la licenciatura, porque es inconcebible una universidad sin licenciatura. Más aún, que dispone de recursos en ese punto donde el posgrado utiliza a los estudiantes para la investigación; es decir,

no sólo es un espacio formativo, sino también un espacio donde el estudiantado conforma una fuerza laboral de la investigación generada por los propios profesores.

Es un modelo de universidad que concentra considerables cantidades de recursos de fundaciones y empresas. Por cierto, es el modelo dominante que se promueve, acríticamente y sin reflexión suficiente, en países donde no hay fundaciones ni empresas donantes para investigación o donde se tienen opciones realmente limitadas; dichos recursos, en general, proceden de agencias estatales del orden nacional o internacional.

Si se revisa el libro de fundaciones de Estados Unidos aparece el registro de más de 150 mil entidades donantes. El voluminoso tomo explica para qué tipo de proyectos se destinan fondos y para cuáles no.

Visto así el tema, se pretende generalizar un modelo de financiamiento de la investigación y de la práctica universitaria, esencialmente del mundo anglosajón, algo que ni siquiera en la Europa continental es tan grande como en Estados Unidos.

Este modelo de universidad, altamente selectivo, deja fuera a más estudiantes de los que puede aceptar; pone el énfasis en la investigación y el posgrado. Debe agregarse que es un modelo concentrado en las ciencias exactas y naturales; sobre todo en aquellas vinculadas con los nuevos recursos productivos (en su momento, pues ya se han visto desplazadas): biotecnología, informática, electrónica. Es un modelo extremadamente competitivo afincado en el prestigio de sus instituciones, con capacidad para pugnar por fondos incluso internacionales y competir por estudiantes de todo el mundo. De manera que el modelo se vuelve completamente hegemónico.

Se genera entonces en el ámbito internacional, lo que Bourdieu llamaría un campo de poder de las instituciones de

educación superior. Para decirlo en términos más sencillos, se genera un mercado cada vez más mundializado de universidades que compiten unas con otras para definir los usos del conocimiento, para determinar el acceso de los estudiantes, pero sobre todo para disputar los recursos materiales y financieros y de ese modo hacer vida universitaria.

En ese mercado internacional, el proceso de valorización, de asignación de valor a las mercancías universitarias, ha aparecido por la vía de la capacidad de medición de la calidad de las instituciones. Cabe señalar que es la forma clásica para que a una mercancía se le fije su precio unitario, se le asigne valor y concorra al mercado.

No se puede poner precio a un título de Harvard o al hecho de conseguir un doctorado en Stanford; pero sí se pueden hacer rankings internacionales que indiquen a partir de qué medidas empíricas incuestionables se hace un ordenamiento estratificado de las universidades del mundo, que informen cuáles son las mejores y las peores universidades y cuáles son aquellas que ni siquiera figuran.

Es así como, publicaciones como el Times Higher Education y su ranking o el Academic Rankings of World University (ARWU) que produce una vez al año un ordenamiento, ahora convertido referente de universidades y autoridades educativas en casi todo el mundo.

Ciertamente, aparecen conceptos asociados a esta construcción hegemónica del modelo dominante de universidad de investigación estilo norteamericano o anglosajón, si se extiende a Cambridge y Oxford y alguna otra universidad del Reino Unido. Conceptos que proceden del ámbito empresarial, que trascendieron a diversas esferas de la sociedad; en particular a la universidad.

Me refiero, por ejemplo, a los conceptos «productividad», «calidad», rápidamente éste último se transformó en excelencia.

¿Qué es la excelencia? Hay un libro formidable, *The University in Ruins* (La universidad en ruinas), del investigador canadiense Bill Readings, donde discute el concepto excelencia. Readings asegura que el concepto excelencia no tiene contenido, se define para justificar la estratificación, el ordenamiento, la orientación de un tipo de políticas universitarias. Lo mismo pasa, me parece, con los conceptos calidad, relevancia, pertinencia, siempre definidos a partir de decisiones políticas.

Es en realidad la correlación política de fuerzas entre proyectos contrapuestos de universidad la que influye en los resultados de políticas públicas o institucionales, en procesos de confrontación abierta o en conflictos que a veces no se muestran del todo. El conflicto aparece quizá en momentos de elección para el rectorado; en algún debate público de candidatos; o en otras coyunturas de abierta confrontación de cara al Estado o al seno de las propias universidades. Sin embargo, las pugnas se están dando de manera cotidiana en las decisiones relacionadas con la asignación de los recursos, con la apertura de carreras; las decisiones sobre dónde permitir o restringir el acceso de estudiantes, si el acceso debe ser más selectivo o, por el contrario, flexible.

Esta idea de la universidad elitista de investigación nos lleva a un concepto que tiene un peso decisivo en el debate internacional: la *World Class University*. Por supuesto que en inglés, pues es como se debate el tema de la investigación superior en cualquier ámbito, incluida la Unesco. Hace dos días terminó la conferencia mundial de educación superior y la discusión se supone que se realiza en todos los idiomas, pero mayormente se debate en inglés. La idea de la *World Class University* se ha

extendido como una visión generalizada de que todo país debería tener una universidad elitista de investigación. En algunos casos aparece abiertamente la noción de que las universidades de clase mundial sólo pueden organizarse en países de clase mundial y que hay países que no deberían de aspirar a una universidad de esta categoría sino tener colegios comunitarios.

Se expresan más argumentos al respecto. Dos discursos se hicieron en la inauguración de la conferencia mundial de educación superior; uno fue del secretario general de la OCDE, un mexicano, lamentablemente impulsor de las políticas neoliberales más marcadas en el gobierno de Carlos Salinas de Gortari hace veinte años. Planteó que ante la crisis financiera mundial, lo que debe hacerse es aplicar una serie de recetas: diversificar el tipo de instituciones, así como las fuentes de financiamiento. Propuso establecer medidas para rendir cuentas y adoptar modelos no tradicionales de educación superior, abandonando el modelo de las universidades de masas por otros más prácticos, asociados al empleo. El segundo discurso fue de la esposa del vicepresidente de los Estados quien dijo que había sido profesora de un Community College durante 35 años y que quería proponer a los países pobres del mundo –así, con esas palabras– que adoptaran el modelo del Community College porque era realmente positivo.

De manera que en el campo de poder de la educación superior se dirime, incluso, un derecho de las naciones. Aún más: las instituciones pelean para estar en esa disputa elaborando un modelo de universidad de clase mundial totalmente estratificada. A veces existen motivos de prestigio local, a lo mejor no hay una competencia internacional real, pero si una nacional en la cual las universidades buscan ubicarse en los mercados en el ámbito nacional y para eso también cuentan los rankings.

España tiene sus propios rankings internacionales. El Webometrics elaborado por el Dr. Isidro Aguillo en el CSIC. Mide esencialmente el número de documentos y otros productos académicos que cada universidad coloca en su página web. También existe el ranking Scimago International Ranking (SIR), que cuantifica publicaciones y citas en revistas indexadas en la base de datos SCOPUS.

En América Latina se advierte una enconada disputa para ubicar a las universidades en el ranking de Shanghai. Sao Paulo y la UNAM están permanentemente disputándose el lugar ciento y tantos. También aparecen otras universidades de Latinoamérica y de Iberoamérica: la Universidad de Buenos Aires, la de Barcelona, cinco o seis españolas; tres argentinas, diez brasileñas y la UNAM, la única de México, que se ubica entre los lugares 150-160.

Todos opinamos que los rankings no importan; pero casualmente dejamos caer siempre la ubicación que nuestras universidades tienen ahí y, por lo menos en México, adquiere enorme fuerza esta catalogación en las negociaciones de financiamiento con el Estado.

La primera vez que apareció el ranking de Shanghai, los especialistas en educación superior advertimos: «¡Cuidado, esto es un peligro, no podemos entrar!». El rector dijo: «¡Ningún peligro; nosotros nos colocamos en el primer lugar de todas las universidades de habla hispana del mundo!» Hizo declaraciones a los periódicos y utilizó la posición en los rankings para fortalecer a la Universidad en la negociación anual del presupuesto. No se tuvo en cuenta entonces la fluctuación de posiciones en los mismos, ni el impacto político que esta fluctuación podría generar. Se hace un uso político de los rankings en el mercado de la educación para obtener recursos para la universidad. ¿Cuál es el riesgo?

Que se puede descender diez lugares en la siguiente evaluación, cosa que ocurrió por ejemplo en Malasia, en el ranking del Times High Education.

Debo señalar que el ranking de Shangai está basado en indicadores normalizados como los siguientes: cuántos premios Nobel han egresado de tal universidad, cuántos premios Nobel imparten cursos, cuántos artículos en revistas indexadas proceden de su planta académica, cuántas citas, etcétera, etcétera. Son datos duros.

El ranking del Times High Education incluye, además de datos duros, un ranking reputacional. Preguntan a académicos y empleadores de distintos países su opinión sobre aquellas universidades que consideran mejores. Uno de los datos que manejaban recientemente era cuántos estudiantes internacionales están matriculados. En nuestras universidades, hay que decirlo, tenemos estudiantes inscritos de aquí y de allá, y eso muestra que el tema está en la agenda de la educación superior. Es importante contar con estudiantes de otros países porque es una muestra de la fortaleza del mundo.

Por lo que se refiere a Malasia, al que me señalé antes, los analistas del Times se equivocaron al contabilizar a su población. Debemos recordar que un enorme componente de sus habitantes es de origen chino; sin embargo, los consideraron estudiantes extranjeros. La Universidad de Malasia estaba en un lugar destacado del ranking y para magnificar el impacto de los rankings, el rector y el presidente de la República aparecían en esos anuncios publicitarios que se colocan en las carreteras con monumentales fotografías, promocionando el hecho: «La Universidad de Malasia, la mejor universidad del sudeste asiático». Al año siguiente se corrigió el error. «Cometimos un error», se disculpan, y la universidad cayó 35 lugares. Al mismo tiempo cayó el rector, por supuesto por

el escándalo de la universidad. Ahora parece broma, pero estas mediciones tienen impacto; todo el mundo las toma con pinzas y las quiere mantener a distancia; pero lo cierto es que la mayoría de las universidades están haciendo esfuerzos para estar ahí.

Estamos a punto de publicar un artículo donde se revisa la opinión en los medios de comunicación acerca de los rankings de Shanghai. Apareció la declaración del rector de la Universidad de Nueva Zelanda diciendo algo así como «el mejor lugar por el mejor precio», como si fuera un restaurante. «Estamos en el lugar 127 pero dados los costos de matriculación en esta universidad somos la mejor opción en todo el mundo».

Todo el mundo encuentra un nicho para expresar esta competencia. El King's College London y la Universidad de Londres, no van a conseguir estar en el primer lugar, pero están vigilantes de quien quedará primero de ellas porque el asunto va a tener un impacto en el número de estudiantes que aspirarán a ingresar entrar en la universidad; y por tanto en la capacidad de selección. De manera que tenemos este juego simultáneo, controlado por los países centrales, –¡qué sorpresa!– pero operando igualmente en el ámbito regional con reglas que no corresponden a nuestras tradiciones ni a nuestras propias formas de ver la universidad.

Considero que este modelo hegemónico internacional es extremadamente peligroso porque tiende a la homogeneización, a la pérdida de las tradiciones universitarias. Por ejemplo, en Latinoamérica la tradición que impulsó la Universidad de Córdoba, la hemos caracterizado como la de la universidad constructora de Estado, una universidad que sobre todo en la primera mitad del siglo XX, estaba profundamente comprometida con la construcción de las instituciones estatales, los sistemas públicos de salud, el sistema jurídico nacional, las obras públicas, la expansión de las clases medias urbanas, la formación de los periodistas, etcétera.

Al colapsarse el modelo desarrollista de los Estados latinoamericanos, la universidad constructora de Estado queda en una posición ambigua. «¿Y ahora qué hacemos?», era la pregunta. Con los profundos cambios de fines del siglo XX, incluso la tarea de construcción ideológica que desempeñaban las universidades públicas es puesta en cuestión, un lujo que los Estados nacionales no se pueden dar: pagar para la construcción cultural, la recreación de la cultura y de la identidad nacional. Es demasiado caro y, entonces, las universidades públicas transitan casi todas por una situación de crisis de identidad aunada a la financiera, indisolublemente asociada.

Voy a atender al llamado que el profesor Barnett formuló ayer: a ser poetas de la universidad. Creo que la opción es diferente; es asumir con claridad meridiana la naturaleza política de la disputa que se da en la universidad porque no sólo estamos en un terreno desfavorable, adoptado a veces a regañadientes. Hemos aceptado los modelos de estatus, de prestigio universitarios. El carácter meritocrático de las instituciones, lo mismo que la idea de universidad exitosa que queremos construir la hemos tomado de ese modelo hegemónico y la reproducimos todos los días. Aún más: no sólo ocurre ese fenómeno, sino que hemos debilitado a la universidad o hemos dejado que la universidad se debilite porque no tenemos argumentos ante la sociedad para fundamentar el valor de la universidad pública.

Nos reprochan, muchas veces con razón, de no producir patentes; que los estadounidenses producen setenta mil patentes al año en sus universidades, mientras que, por ejemplo, México sólo registra 48. Nos reclaman también de no estar vinculados al aparato productivo, que no formamos a los profesionales requeridos, que no hacemos esto y lo otro. En tanto, nosotros

permanentemente estamos a la defensiva dando respuestas como éstas: nuestras condiciones son adversas; en la situación en que estamos no podemos dar resultados como Harvard, pero hacemos un pedacito de lo que hace Harvard, desarrollamos un poquito de Biotecnología, algo de investigación médica, somos exitosos en esto y en lo de más allá.

Aun así, somos incapaces, a mi juicio, de presentar a la sociedad una argumentación coherente como la que hicieron muy bien, por lo menos en América Latina en la primera mitad del siglo XX, los estudiantes argentinos de Córdoba. Expresaron una razón de ser de la universidad pública latinoamericana.

Desde mi perspectiva, esto es válido también para el caso del Estado español. Hay que tener la capacidad de replantear a la gente cuál es el sentido de esa universidad y por qué se debe apoyar. Lo digo con crudeza; se trata de construir, de nuevo, una correlación de fuerzas políticas favorable. Todo indica que en este momento lo es. Si abrimos los diarios nos enfrentamos al vituperio constante de los partidos políticos –de casi de todos los signos–, de los empresarios, de los padres de familia cuyos hijos no encuentran empleo, etcétera.

Quisiera terminar mi intervención destacando el papel que desempeña la universidad pública, papel que no desempeña ningún otro espacio de la sociedad, no obstante las particularidades de cualquier sistema universitario en el mundo, –diferentes unos de otros–, rasgos que nos pueden permitir construir un modelo de universidad pública más pertinente. He de advertir que no lo haré en orden jerárquico.

El primero no es el más importante, si bien habría que ponerlo en cuestión: la sociedad ha «comprado» el concepto de que vivimos en la sociedad del conocimiento aunque en este momento

la brecha entre quienes entienden la esencia de esos conocimientos científicos de frontera y quienes no, es decir, la sociedad en general, es enorme. Tal parece que debería haber cierta entidad de la sociedad que pudiera traducir de modo comprensible el conocimiento para el público general. No me refiero a divulgación de la ciencia sino realmente a un papel de conexión entre la sociedad y el conocimiento de punta. Ese papel no lo van a jugar los medios de comunicación, no lo hacen ciertamente la empresa privada, ni los partidos políticos. No encuentro ningún espacio de la sociedad que no sea la universidad que pueda plantearse esa tarea de conectar el mundo del conocimiento con el mundo social de manera permanente; de la creación de esas maneras de transmisión complejas. Me refiero a la creación conceptual, cotidiana, permanente, en todas las disciplinas y en todos los ámbitos.

En segundo lugar, vivimos un mundo que ya no permite el aislamiento. Se nos plantea cotidianamente la necesidad de incorporarnos a un mercado de intercambio de mercancías global, prácticamente instantáneo, a la par del financiero, que es aún más rápido. En ese punto se ve la enorme tensión que se genera entre la identidad local, la nacional y la internacional versus el mundo que llega vía los medios de comunicación y el que vivimos de manera cotidiana. El único espacio de la sociedad capaz de construir creativamente esa identidad interactiva entre el mundo global y el mundo local es la universidad. No hay otro que se plantee tal cosa como tema.

Esta situación se debe, entre otras causas, al lenguaje, que no es un tema exclusivo del espacio educativo. Por ejemplo, algunas organizaciones políticas en España recogen el asunto de los idiomas de las distintas regiones y lo plantean como tema de la disputa nacional; pero en su construcción cotidiana, incluso en

el ámbito de la ciencia, hoy tenemos que plantearnos estrategias para hacer que otros idiomas, como el castellano, puedan competir con el inglés como idioma del conocimiento moderno. Ese asunto tiene que ver con la universidad, con las revistas universitarias, con la interacción con ese mundo internacional de la ciencia, etcétera. De manera que no es sólo un problema de la lengua, es un problema de interpretación de las identidades, lo cual significa vivir esos mundos en contacto, tan contradictorios y muchas veces más opresivos que nunca porque ni siquiera percibimos la homogeneidad de las marcas. Se vaya a donde se vaya, siempre aparecen las mismas marcas, las mismas tiendas; las líneas aéreas empiezan a ser las mismas, todo parece entrar en un mundo homogéneo representado en inglés y ante el cual aparecemos ajenos.

En tercer lugar tenemos un mundo de viejas complejidades como la interacción étnica, nacional y religiosa —en España puede verse en Galicia, en el País Vasco o en Cataluña con una enorme fuerza histórica— y la que se produce por las singulares migraciones económicas. Millones de mexicanos en Estados Unidos, millones de turcos en Alemania, y otro tanto de árabes y africanos en Francia.

Tenemos conflictos étnicos en todos los países como los que se vivieron en la revuelta de París hace dos años, reportados por los medios de comunicación de todo el mundo: autobuses incendiados, gente en la calle enfrentándose a golpes con la policía francesa.

Ahora bien, resulta que no hay ningún espacio de la sociedad donde se esté reflexionando sobre cómo construir la coexistencia frente a esa realidad, por más que Aznar quisiera votar que salieran todos los sudacas de la península. Afortunadamente, aunque ganen, no lo pueden hacer.

¿Cómo se construye ese mundo de convivencia, de intercambio, de migración, de nuevas identidades locales producidas por esa riqueza cultural? Lo que se ve es que en lugar de constituirse en elemento de riqueza se convierte en elemento de conflictividad?

Otra línea de investigación es el momento cuando el mercado –las mercancías– se ha constituido en elemento articulador de lo social. La economía como eje explicativo de los análisis en términos costo-beneficio.

¿Por qué vamos a dejar que la universidad se reduzca a un espacio para la producción de bienes intercambiables en el mercado? No estamos en contra –por lo menos yo no– de que asuma ese papel; pero sí estoy en contra de que el otro conocimiento –que, además se tiene que construir– se catalogue bajo la etiqueta de «no es rentable»; y que por no ser rentable no vaya a ser financiado por ninguna otra entidad de las sociedad. Ese espacio, no puede ser abandonado por la universidad, porque si no es ahí, no se hace en ningún otro lugar.

De ahí que la producción de conocimientos que no tiene lugar en el mercado (la filosofía, la literatura, la reflexión histórica, incluso ciencia básica que en este momento no tiene aplicabilidad tecnológica, de intercambio en el mercado), que no se convierte en best seller, no encuentra otro espacio más que en la universidad y sobre todo en nuestros países, en la universidad pública porque la universidad privada no produce ningún tipo de investigación.

Temas como los que aquí esbozo son los que creo que debemos poner en la agenda de la discusión pública. Aún más, debemos plantearnos estrategias de acción pública frente a la sociedad; trascender la disputa interna de las comunidades universitarias que nos aísla de la sociedad para plantearnos de nuevo

eso que se hizo en Córdoba, una acción capaz de colocar, en su momento, la diversidad en el centro de la construcción de la nueva Argentina y de la nueva Latinoamérica. El momento de la modernización, del paso del campo a la ciudad, de encontrar ese punto de interacción entre lo social, lo político y lo económico, que vuelva a relanzar a la universidad como una institución central de la sociedad.

Si es verdad lo que se dice desde la perspectiva de la llamada sociedad del conocimiento, que las sociedades que producen conocimientos de punta son centrales para la sociedad, entonces la mayoría que no produce ese tipo de conocimientos o lo hace esporádicamente, no tiene razón de existir.

Eso es un acto eminentemente político y hay que entenderlo como tal; es una construcción programática para disputar en la sociedad el valor de la universidad. Claro que habrá que negociar; pero todos sabemos, por nuestra práctica cotidiana, que la negociación se funda en la correlación de fuerzas. Sabemos que la negociación se hace a cada instante y que las posibilidades de éxito están determinadas.

¿Si no somos capaces de construir grandes coaliciones alrededor de la universidad pública, se renuncia a esa idea tan en boga de enorme selectividad como rasgo principal de identidad, de calidad y de prestigio, sino de abrir nuestras en múltiples sentidos a la sociedad en su conjunto?

Me parece que el modelo ecológico que plantea el profesor Barnett no tiene ninguna posibilidad. De manera que no es un problema de poesía: Claro que con poesía se puede hacer política, pero se trata de asumir la acción política y de confrontar el modelo dominante; se trata de plantear estrategias para promover el modelo o los modelos alternativos porque parte del asunto

es asumir que no hay homogeneidad y que las universidades tienen que responder a necesidades diferenciadas.

Estas son, en esencia, las ideas que quería plantear. Espero generen opiniones. Gracias.

4. Debate y ronda de preguntas

Pregunta 1: En primer lugar Imanol, felicidades, felicidades por esta capacidad de reflexión que has mostrado, esta capacidad de escucha de lo que ayer ocurrió y de traerlo a tu propio discurso, ubicarlo y devolvérselo transformándolo y de alguna manera dándonos otras pistas, porque ayer quedó, quizás desde mi punto de vista, una especie de divisiones muy claras y una especie de pregunta en el aire de qué hacer, porque todos tenemos preguntas en el momento en el que nos encontramos en el conjunto de las universidades españolas y en el contexto internacional y muy pocas respuestas, y todos acabamos enfrentándonos a veces unos con otros en lugar de buscar un espacio de interacción en donde haya algún nivel de acuerdo, yo creo que esto es para mí como una especie de moraleja, no sé si adecuada que he extraído de tu intervención, esta necesidad, primero, de poner en valor lo que tenemos y por ahí va a ir mi pregunta, pero en segundo lugar de trascender de alguna manera la disputa sin que eso implique eliminar ni mucho menos la discrepancia, que es distinto, para tratar de ubicar nuestras universidades en el mundo que nos toca vivir, y al tiempo no hacer exclusivamente seguidismo de estos amigos invisibles.

Mi pregunta va un poco si puedes reflexionar en voz alta, ya sé que no es una cuestión de encontrar respuestas fáciles

porque no vivimos en un mundo fácil, vivimos en un mundo enormemente complejo, pero si estos campos de conocimiento en los que nosotros estamos y que en cierta forma has puesto en valor, lo que has puesto en valor son aspectos educativos, en estos puntos en los que has ido marcando, puede ser que la universidad hace lo que no hacen otras instituciones y ahí es donde nosotros podríamos tener una posición relevante, no sé muy bien cómo, por tanto la pregunta va un poco en esa dirección.

Ordorika: - bueno yo creo que..., a ver, voy a tomar títulos de varias cosas que he escrito ¿no?, mi libro principal se llama la disputa por el campus, este ubica claramente la idea de que el tema está, es un objeto de la acción y de la disputa, la acción política para definirnos frente a la sociedad y para recuperar nuestro lugar y para recuperar una valorización de la sociedad del trabajo que hace la universidad. Tengo un artículo que se llama «Los académicos derrotados», el argumento principal de «los académicos derrotados» es que de alguna manera y hablo sobre todo del caso de México, la academia se convirtió en un lugar confortable, mejor que el exterior y en donde, así como recuperamos esa noción de nosotros, trabajamos en instituciones cuyos nombres se escribieron primero en latín y tienen escudos y todo eso, toda la parte del pedigrí, también reproducimos con ello el discurso que nos debilita a nosotros mismos, esas instituciones de punta en la sociedad del conocimiento, centrales en la economía de la información, que son los lugares en los que nosotros estamos y reproducimos el interior, todas las jerarquizaciones y la estratificación de los estratos meritocráticos, porque eso viene en el paquete antiguo de la universidad, es un lugar al que se entra por méritos y se sale por méritos.

Ayer fuimos a la visita guiada de la Universidad de Santiago, y vimos ese punto que está pintado en el cielo, en el techo de esa

sala magnífica del edificio de Geografía, en donde el licenciado da ese paso adelante, o no sé si es el candidato a doctor, un ángel con un bonete ¿no?, nosotros somos los que reproducimos el estatus de la profesión académica, somos catedráticos, somos titulares, somos intelectuales de valía y nos distanciamos de la sociedad, escribimos y en eso el profesor Barnett ayer ofreció otra forma de aproximarse a la forma de hacer academia, escribimos y hablamos de una manera en la que sólo nos entendemos nosotros mismos y además como no nos interesamos entre nosotros mismos ni siquiera nos leemos entre nosotros mismos, entonces publicamos en lugares en los que nadie nos lee y de una manera en la que aún queriendo, nadie nos podría leer y hemos abandonado, y esto es sobre todo desde las ciencias sociales, toda pretensión de hacer ciencias sociales hacia fuera, no digo que todos la han abandonado, o que la hayamos abandonado del todo, pero en nuestra práctica universitaria reproducimos las formas de productividad también centrales, también de los países centrales en donde la disyuntiva de publicar en un journal en inglés indexado y que da prestigio internacional y que te pueden citar autores de todos lados y la posibilidad de hacer algo en el periódico sobre la temática de investigación de uno, vinculándolo a los debates políticos, a los temas que están candentes en la sociedad, nos hemos ido por ese otro camino, y hemos construido nuestra propia condición de alguna manera o aceptado esa condición de aislamiento, yo creo que sobre todo el sector de los académicos.

Me cuesta mucho trabajo porque yo vengo como activista del movimiento estudiantil, en mi país veo hoy a los estudiantes como los actores que pueden forzarnos a dar un gran paso grande en la universidad. Afortunadamente los estudiantes no se movilizan hasta que se movilizan y nos pueden sorprender y ojala

lo sigan haciendo, pero mientras nosotros tenemos que asumir una actitud de audacia y empezar a hacer cosas que no estamos haciendo ya a poner estos temas en lo público.

Además llevamos ventaja sobre las reflexiones de la universidad, es un tema que a la sociedad le interesa, entonces tenemos que obligarnos a operar en todos los terrenos, a operar en inglés, a operar en revistas académicas en castellano y en gallego y a operar en el periódico, o sea, actores capaces de ocupar múltiples escenarios, creo yo, pero teniendo en mente el objetivo político de la construcción de una relación de fuerzas diferente, o sea, no es en el periódico, pues para dar a conocer la sofisticación de mi investigación sino para influir en esa opinión que hay sobre la diversidad y para allegar a la universidad, a mi facultad, a mis candidatos de facultad, no lo sé, porque las disputas tampoco las tenemos que idealizar, o estamos entre la reforma de Córdoba del 18 o la disputa por la dirección o el decanato de la Facultad de Filosofía, no, estamos en las dos, cómo las juntamos, cómo hacemos que la disputa de la Facultad de Filosofía pase por ese elemento que allega fuerzas a la facultad, que allega fuerzas a la universidad, que la hace un referente, que pone un candidato que finalmente llega porque de cara a la sociedad está representando una visión de la universidad que le da identidad y le da fuerza, es muy difícil llegar más allá porque a veces, uno, porque no tenemos claridad, hay que reconocerlo, no sabemos bien como, pero también porque responde a dinámicas locales o dinámicas institucionales particulares, este, para nosotros en México pasa por la disputa público-privado frente a un gobierno de derecha tipo PP, pero más católico si eso puede ser ¿no?, frente a ese que desprecia la universidad pública porque les quitaron la universidad que era Pontificia y la hicieron autónoma nacional, desde el siglo XIX,

nosotros tenemos que hacer la defensa de la universidad pública así abierta, de cara a la sociedad, en los procesos electorales, en este, y en todo momento y entonces no puedo sacar una receta más que esa necesidad de romper la dinámica de los académicos en la cual nosotros nos encerramos junto con la universidad y nos aislamos de la sociedad.

Pregunta 2: En principio agradecerte el discurso y las posibilidades que nos has dado sobre todo por las dimensiones de análisis que has abordado y como las has organizado que me parece muy esclarecedoras para todo lo que estamos pensando y todo lo que estamos haciendo y por el nivel de teorización que tienes con respecto a la universidad que lo encontramos en muy pocos espacios. Bueno, para mí ha sido emotivo escucharte porque de alguna manera siento esta reivindicación de la política y de lo político con mayúsculas. Y me parece sumamente valioso porque en algún momento de la historia se desprestigió hablar de esa época y de pensar en la universidad como espacio político y como espacio de lucha. Aquí hay, bueno, por lo que yo he analizado en España en estos últimos veinte años y por lo que he analizado un poco la universidad, hay una cosa que me parece interesante, porque estos académicos que son los que hoy dominan en la universidad, son aquellos académicos que han luchado contra el franquismo, que han asumido la universidad como el espacio político en un determinado momento, sin embargo hoy en día, a mi me parece que está sucediendo esto que estás planteando, que los distintos modelos de la universidad están dentro entonces nos pasamos días y días y horas y horas discutiendo sin más si voy a estar aquí o mi materia va a estar allí, sin una comprensión de cuál es el proyecto y hacia donde nos está llevando eso, porque tampoco ahí se generan espacios de discusión y de participación donde sea posible

plantear los enfoques y las disputas porque indudablemente que el proyecto ideológico es diferente entre una propuesta política y otra y están dentro pero no hay una posibilidad de discutir francamente por poner un adjetivo que no sé si es el más adecuado, pero con una confrontación real y donde se pueden expresar las disputas y decir, bueno peleamos por este modelo, perdimos pero peleamos por este modelo de verdad ¿no?, y yo creo que ese, a mi me parece que ese es el meollo del tema, digamos, lo cotidiano nos está desgastando, nos está desvirtuando, entonces para qué, no vale la pena hacer esto, no vale la pena hacer lo otro, es ese desgaste aunque parezca una cuestión individual y personal, no, es el desgaste de todo el conjunto. Me lo has hecho ver con mucha mayor claridad, cuál es el lugar político que tenemos en cada lugar en lo cotidiano pero también como traspasar de alguna manera eso para que lo que hacemos desde cada sitio pueda ser puesto en valor, ya sea en una asamblea, ya sea en una reunión de departamento, ya sea en cualquier lugar.

I.- O sea, yo creo que tú lo sintetizaste muy bien, hay momentos en donde se vuelve relativamente más fácil establecer la identidad de la diversidad de cara a la sociedad no quiero decir que la lucha contra el franquismo haya sido fácil, lo digo porque me daría mucha tristeza que se entendiera así, la gente se moría y las universidades jugaron un papel muy importante, los movimientos estudiantiles y cantidad de cuadros políticos que salieron de las universidades, pero el adversario quizás era más claro, era el del Ferrol, digo yo nací así, tachando con un marcador negro el diccionario de la Real Academia que traía en la introducción una nota que decía, que afortunadamente una vez derrotados los rojos se había podido restablecer, este, lo tuvimos que comprar en casa porque era el de la Real Academia, pero

cuando lo taché tenía ocho años y mi madre me dijo, oye ¿por qué lo tachas?, pues porque eso es lo que aprendimos en casa, que al excelentísimo había que tacharlo de la historia a ser posible, entonces el adversario era notable, notorio, identificable, claro, las estrategias podían ser sumamente difíciles, complejas, peligrosas, este, ahora el adversario es..., en muchos casos somos nosotros mismos que estamos reproduciendo ¿no? Cuando me invitaron a Bolivia, me invitaron después a la universidad en La Paz, a la Universidad San Andrés, y había una discusión muy fuerte en un foro, esto es antes de la elección de Evo Morales, acababa de caer el presidente al que llamaban el gringo, se discutía una nueva constitución, la posibilidad de una nueva constitución y en la universidad las preguntas que salían de los universitarios eran, cuáles debían ser las mediciones de la productividad, este, cuál era el papel de los académicos, y uno decía pero si aquí se está construyendo una nación multicultural, o sea, es la primera vez que la historia le pone a la universidad un objeto de estudio de cómo se hace una nación con representación multicultural, para mí, desde fuera por supuesto y siempre es más fácil, era clarísimo, le daban a la universidad un espacio en la sociedad que la universidad, en muchos casos, no entendía, y ¿qué es lo que pasó?, que los movimientos estudiantiles tradicionales al mismo tiempo que había las marchas para tirar al presidente el gringo ¿no? y había muertos, y había levantamientos, y había todo, en Cochabamba tenían tomada la universidad por una demanda de que arreglaran las becas de la cafetería, entonces decías, no, no, los estudiantes no conectan, los profesores no conectan, no conectamos con lo que está fuera y no encontramos nuestro lugar, entonces al reproducir el sistema meritocrático, el estatus, la presencia internacional, todas estas cosas, nosotros mismo nos ponemos en una crisis de

identidad ¿no? El punto creo yo, o uno de los puntos, es precisamente entender lo ideológicamente diferente, lo que subyace, la disputa entre público y privado, el papel reproductor y liberador de la educación superior, es ahí la parte ideológica, porque la universidad se puede también ubicar confortablemente diciendo, nosotros somos un espacio laico de la sociedad para la reflexión, me parece que aunque está en tela de juicio todos los días no es suficiente, es cómo se define la universidad ante la sociedad del mercado, este, de alguna manera tenemos que encontrar esos puntos sustanciales, de fondo, profundos y lo tenemos que hacer a partir de un sector de académicos que en la mayoría de las universidades estamos viejos, o sea, ya pasamos por las luchas sindicales, el activismo estudiantil, la lucha política fuera, el tal y el cual y entonces merecidamente sentimos que estamos en un espacio en el cual podemos dedicarnos a lo mejor a luchas que no son tan intensas ¿no?, yo veo por lo que comentan mis familiares en el País Vasco, que el tema del euskera es un gran debate que moviliza a la universidad, etc., pero esto sólo no saca a la universidad del punto en donde está, entonces, sí, por supuesto que hay que darlo y mantenerlo pero hay que meterlo, ubicarlo en una dimensión mucho más grande, incluso a lo mejor ser capaces de entender esas luchas en todas sus implicaciones incluso de carácter internacional en términos de romper esa reproducción del modelo hegemónico que es lo que estamos haciendo todo el tiempo y en ese sentido reivindicar para la universidad misma una de las funciones que no plantea explícitamente, ayer lo hacía de alguna manera el profesor Torres, plantea que hay una cosa que se llama la esfera de lo público ¿no?, yo cada vez que «en lo de la esfera de lo público» siempre pienso en la universidad, si hay un lugar que por antonomasia es la esfera

de lo público es esa institución en donde se debate lo que es público, los temas que son públicos, los espacios de la crítica de lo público, el espacio desde el cual se puede criticar al sistema político en su conjunto, a los políticos como bloque.

Yo no sé si esto tiene mucho sentido aquí en España, pero en América Latina, por ejemplo, Argentina pasó por un periodo en que se decía «que se vayan todos» y en México acaba de haber elecciones el domingo pasado y la sensación era, hagamos la de Saramago, ojala todo el mundo salga y vote en blanco, pero no es el sistema electoral el espacio para esa discusión, la universidad si lo es, ahí podemos discutir todo: los partidos políticos, los programas electorales, la presentación, la constitucionalidad, cómo nos ubicamos en esa esfera de lo público nosotros mismos y ejercemos esa acción crítica sobre nosotros mismos, es el punto donde rompemos nuestra modorra.

Pregunta 3:.- si, muy buenos días, primero coincido en que me parece un magnífico retrato del modelo actual, y me gustaría hacer un comentario tal vez un poco largo y luego una pregunta, a ver, yo creo que antes funcionaba la edad, el pedigrí, y ahora funcionan los ranking, pero los ranking no son tan nuevos, yo soy historiador y tengo esa manía de decir ya todo esto ocurrió alguna vez, antes del neoliberalismo había liberalismo, entonces Oxford y Cambridge y Berlín y la Humbolt y la Sorbona ya existían en el XIX y en el XX aparece en el periodo de entreguerras.

Quiero decir, a dónde voy, a ver, efectivamente me encantado el retrato porque yo creo que es muy certero, y como no he podido estar ayer y como has dialogado con lo que ayer se dijo, en todo caso lo que más me gusta es que nos dejas un salida, es decir, al final hay una propuesta para construir y eso es lo más importante, y en esa propuesta yo creo que hay algunos elementos que me gustaría comentar y luego hacerte una pregunta que era lo que decía.

Para empezar y siguiendo con esta idea de que ya todo existió, esa disputa con el mercado es tan antigua que el concepto de mercado lo inventaron los universitarios escoceses a finales del siglo XVIII, o sea, nace también en la universidad, como funciona, si existe, la mano invisible, Adam Smith, todo esto nace allí ya por lo tanto ya es antiquísimo, yo creo que es bueno saber, también está en tu discurso, que a todo lo que nos enfrentamos ya es conocido, no es tan reciente ¿no?, hay elementos que sí, pero los hay que no, eso nos permite digamos, encontrar vías de reflexión, que yo creo que está en tu discurso y en tu análisis y por eso me ha gustado tanto ¿no?

Por otra parte yo creo que, digamos, lo interesante de tu propuesta es esa idea de que necesitamos relegitimarnos socialmente, asumámoslo, no lo estamos, y yo creo que no lo estamos en parte visto desde Europa, no sé cómo se ve desde Latinoamérica, en parte porque nuestra fuerza política ya no existe, desapareció, y nuestra fuerza social está reducida porque digamos, el éxito de la universidad masificada, democrática de después de la segunda guerra mundial en Europa hace que todo el mundo conozca la universidad, ya saben cómo somos por dentro, nos conoce todo el mundo, conocen nuestras debilidades, nuestros defectos, ya no tenemos esa fuerza política que teníamos antes y que siguen teniendo algunas, pero que no tiene la universidad como tal, entre otras cosas porque existe hasta la universidad de Malasia que antes del 45 no existía, sino que los malayos iban a estudiar a Oxford o Cambridge si querían ser algo.

El ranking en el fondo es un esfuerzo de democratización también de los viejos ranking del siglo XIX, no digo que sea bueno ni malo, digo que es una consecuencia o es producto de esa realidad. A parte de esa propuesta que tú haces de lo que puede hacer

la universidad como espacio público, claro, como espacio público lo es, pero lo es porque se definió así en el pasado, conseguimos esa posición, es un espacio público de libertad y de elaboración, justamente a lo que nos enfrentamos es a que se quiere reducir ese espacio porque no interesa, no tiene por qué interesar, hay una recreación de desigualdades coherente con el mundo en el que vivimos, y cómo se define y se denomina al mundo en que vivimos, no hablamos de neoliberalismo porque al final es un comodín que no sabemos lo que queremos decir, también estoy de acuerdo, pero sí que hay una necesidad evidente de generar desigualdades.

¿Qué ocurre?, que nosotros estamos en un estado que por lo que entiendo por tu nombre y tu referencia, del que salieron tus abuelos o tus padres, nosotros vivimos hace cuarenta años lo que era un país en vías de desarrollo, hace cuarenta años ¿no? y en aquel momento ya había diferencias, había grados medios, había grados que accedían a la universidad, bueno, todas esas desigualdades universitarias que ahora se quieren volver a establecer, había community colleges, falangistas, laborales, es decir, insisto en que muchos de estos elementos ya existían, desaparecieron y ahora vuelven, porque es muy difícil inventar, es más fácil copiar lo que ya se hizo en el pasado, bien, en esa propuesta que tú haces, que insisto, me parece el elemento clave para pensar la universidad de futuro, que es la de legitimarlo socialmente, enfrentar esa tarea, yo creo que hay otro elemento que ayuda, por lo menos visto desde Europa y que no vi en tu discurso y es justamente esta cuestión de la democratización y la masificación, hay una memoria, hay una conciencia de que la universidad de la época Keynesiana, en términos económicos, y de la época de la universidad de masas y del Siglo XX que en Europa sirvió para igualar socialmente, para ascender socialmente, para generar más bienestar, que es un bien

social que se ha perdido como idea, pero como memoria sigue existiendo, yo creo que es un elemento que en Europa percibimos incluso nosotros que llegamos tardísimo por culpa del dictador y acumuladamente al final de los años 70, pero que en Europa existe esa conciencia, yo creo que es un elemento potente para tirar o para añadir, para complementar con tu propuesta por lo menos en Europa, no sé si en América Latina eso puede servir, tal vez no, tal vez de una forma más fragmentada, luego, por lo tanto al lado de esa vía de esperanza yo creo que hay que construir esa esperanza en el sentido en el que tú dices.

Luego te iba a hacer una pregunta relacionada con tu propia declaración de haber pertenecido al movimiento estudiantil mejicano, ya pero ahora con más razón, como para todo esto además hay que reformular el futuro y en este reformularnos y repensarnos hay un viejo tópico, igual que uno es universitario o está en una universidad si se forman doctores, esto es así en todo el mundo, sino es otra cosa ¿no?, da igual que sea en China que en otro sitio, es decir, si formas a un doctor da igual que sea pública, privada, que esté en un garaje o que esté..., es decir lo otro son otras cosas ¿no?

Hay una cuestión que yo creo precisamente que desde los años 70 es transversal en todo el mundo y que yo creo que debería ser revisada en coherencia con lo que acabo de decir y no argumento más, que es y que dio lugar a muchas huelgas en Europa y en América, que es la cuestión de las matrículas, lo que le cuesta al estudiante, perdón, a su familia estudiar, y ahí hay un mito que procede de la idea de que el estudiantado es una clase social, una idea absurda, que favorece esa generación de desigualdades y que yo creo que además genera una enorme confusión, que tuvo su lógica en los años 60 y 70 pero que hoy no la tiene y yo soy incapaz de discutir con alguien del movimiento

estudiantil de Galicia, de Portugal, donde por cierto a la matrícula le llaman propinas, todo un significado, o en el Reino Unido, y bueno yo creo que esto es algo que muchos pensamos, es decir para redefinir esa universidad como igualadora social que cumple una función social, entendamos también que estamos en otro momento, entendamos que todo tiene un coste y entendamos que el hijo del millonario no puede pagar lo mismo que el hijo del trabajador, entre otras razones porque en el mundo universitario de hoy, el hijo del millonario ya sigue un curso distinto e incluso puede comprar su título, que es una de las ventajas del nuevo sistema de universidades privadas, cuando digo comprar digo literalmente comprar y sabemos que la nueva lógica lo permite, se puede comprar un título, es fácil, en España ya ocurre, no ocurre en Galicia porque no hay ninguna universidad privada pero podrá ocurrir seguramente con el tiempo, entonces no se si estás de acuerdo conmigo en esta necesidad de repensar lo de las matrículas, de lo que cuesta la educación, es decir de lo que cuesta, de cómo se paga, cómo se financia, porque detrás de tu argumento estaba también esta cuestión, es decir para que nos reconozcan socialmente lo que queremos, es decir, todo esto se reduce a como nos presentamos para ser financiados, para que nos permitan investigar, es decir, cuánto cuesta el latín, nuestra universidad por ejemplo es muy buena en latín, muy buena en el mundo entero quiero decir ¿no? y eso cómo se paga, qué bien tangible es, a qué patentes da lugar, bueno, cómo convencemos a la sociedad que pague que aquí haya buenos catedráticos de latín, ese es el debate, entonces algo tendremos que ceder y a lo mejor tenemos que ceder ese viejo mito, para mí siempre lo fue, de que todos los estudiantes desde primero son iguales, proceden de la misma familia y por lo tanto tienen que pagar la misma matrícula

¿no?, en fin, me has hecho pensar muchas cosas y ordenar ideas y te lo agradezco que es lo más importante y si me das tu opinión sobre esta idea pues lo agradezco, gracias.

Ordorika.- bueno, tocaste un tema que para mí es muy importante que es la idea de las continuidades y rupturas históricas, o sea, y lo mencioné un poco respecto a la presentación del profesor Torres de ayer de que vivíamos una condición inédita de la universidad, es cierto que es inédita en muchas cosas y no lo es en otras, por ejemplo, para nosotros en América Latina que nos digan que la globalización es un fenómeno único cuándo nos llevaron las universidades, el castellano, la religión, nos llevaron, bueno me asumo como mexicano, pero hubo un proceso de globalización tecnológica, económica, etc, que es totalmente distinto en donde vale la pena encontrar que hay de elementos similares y que de diferentes ¿no?, y lo que estamos viviendo en las universidades, insisto, no es que la universidad de repente se encontró a sí misma como parte del mercado, coincido plenamente contigo, sino que quienes están interesados en que la universidad esté vinculada con el mercado nos están ganando, ese es el punto, porque nosotros no renunciamos a que la universidad esté conectada con el mercado, lo que renunciamos es que se reduzca a su conexión con el mercado, entonces tenemos una visión mucho más amplia de lo que tiene que hacer la universidad.

Los ranking, si hubo siempre una jerarquización de estatus informal, o sea, se iba a la Sorbona o a Oxford o a Harvard, era un tema de estatus, pero esta manía, si queremos llamarla así, de la sociedad contemporánea de cuantificar, no es una manía, es consecuencia de una economización de las relaciones sociales, o sea, cómo pongo empíricamente en números para que no esté sujeto a discusión el tema, entonces, ah, no, perdóname pero en el ranking Harvard es uno y Stanford es tres, entonces no hay

debate, claro que hay debate, pero se supone que el debate está zanjado por la técnica, la despolitización, etc.. Entonces el ranking adquiere un sentido de valor de cambio y creo que también en este reconocimiento histórico de nosotros mismos hay términos y conceptos que tenemos que recuperar, valor de uso, valor de cambio, mercantilización. De repente se volvió de mal gusto citar al viejo Marx, a mi me parece que hay una cantidad de cosas ahí que hoy tienen más actualidad que nunca, otras no, o sea, cómo se asigna valor de repente al latín, pues te hacen lo que ellos llaman un xxx, la traducción al castellano es muy difícil, sucedáneo podríamos decir, no, no puedo medir el valor del latín lo que sí puedo hacer, es hacer entre los expertos de latín del mundo una evaluación de quienes son los mejores en latín y entonces decir al mundo que el latín es importante y que los mejores latinistas están ubicados aquí y eso la sociedad, que tu también lo dijiste muy bien, no parte de cero en su relación con la universidad, sino que la sigue, a pesar de que nos hemos desviado y deslegitimado, sigue manteniendo reconocimiento, respeto por las instituciones, bueno, si la universidad dice que el latín es importante, es importante, nos dicen los expertos de las mejores universidades del mundo que los mejores latinistas están en Santiago de Compostela, Santiago de Compostela es una universidad muy importante, no tan importante como las que producen patentes, quizás porque no nos llegan a convencer de que el latín sea más importante que una patente de DNA pero, hay un rejuego ahí, y por ejemplo nosotros tenemos un sistema que comentábamos ayer de remuneración del personal académico que ojala no vayan ustedes nunca hacia allá, ayer se mencionó como posibilidad separar a los investigadores de los profesores, ojala tampoco vayan hacia allá jamás, porque así estamos en mi universidad y lo

único que ha pasado es que a los profesores, yo soy investigador, a los profesores que están en las facultades se les exige lo mismo que a los investigadores y no es que se les pague menos, pero se les maltrata mucho más, tienen mucho peores condiciones, pero la demanda de la producción académica es exactamente igual.

Entonces, ahorita voy a llegar a lo del cobro a los alumnos porque ese es un tema cercano, pero el tema es entonces cómo se valoriza el trabajo académico, nadie te puede decir si no produces una patente, y son pocos incluso en las universidades americanas, los que las producen, relativamente pocos, cómo te pueden decir que tu eres mejor que otro y debes ganar más, a nosotros nos lo dicen asignándonos puntajes, entonces en este año produjiste cuatro artículos en revistas internacionales con arbitraje, dos capítulos de libro, estos tres años porque la evaluación es trianual, tienes nivel del programa de estímulos a la productividad y te vamos a dar tanto por ciento, o sea, que en el fondo qué es lo que hicieron, nos pusieron en un mercado, le asignaron valor a nuestro trabajo, valor de cambio y nos pagan por eso, y eso mismo es lo que hacen con la universidad, y esa parte es la que nosotros tenemos que romper apostando al valor de uso, o sea, planteándole a la sociedad valemos más allá de lo que podamos valer en el mercado, porque todavía tenemos esas raíces y esa tradición y esa legitimidad, remanente a la que podemos echar mano para poder salir con alguna legitimidad a plantear el discurso de que somos la esfera de lo público, de que hacemos la crítica, preservamos la cultura, construimos la identidad nacional, etc..., bueno ahí dejo esta parte.

Sobre las matrículas diferenciadas, como elemento, digamos de principio, yo considero que cuando el estado renuncia a su papel redistributivo por la vía impositiva, por la vía fiscal y empieza a apostar no a sistemas de impuestos progresivos sino a

impuestos al consumo que igualan, no hace falta más discusión, lo que empieza a hacer también es trasladar a los distintos espacios públicos una supuesta lógica redistributiva, yo como estado no voy a cobrar impuestos muy diferenciados al gran capitalista y al obrero pero en tu universidad cóbrales diferente, entonces nos hacen keynesianos a nosotros y se asumen ellos en una lógica neoliberal y entonces trasladan el ejercicio de diferenciación de la comunidad estudiantil a la universidad, si tiene un efecto, el que paga siente que tiene más derecho que el que no paga porque no tiene condiciones, hay una diferenciación del sector o del segmento estudiantil, porque no es una clase en eso estamos totalmente de acuerdo, que ha sido un sector de la sociedad que en muchos momentos ha podido encontrar elementos de identidad para actuar de manera conjunta, por ejemplo durante el franquismo, en fin, ahora, esto es como elemento teórico y de principio pero también el modelo de alto costo y alta ayuda es el gran elemento del modelo americano y está empíricamente demostrado, es polarizante, o sea, estratificador y excluyente, lo que ellos hacen son colegiaturas muy altas y mucha ayuda a quien no tiene para pagar esas colegiaturas y estudios incluso de economistas conservadores, como David Breneman, por ejemplo que fue decano de la universidad de Virginia, pero probablemente el más reconocido en este tema, acaban concluyendo a treinta y tantos años de la exacerbación de alto costo, alta ayuda, diciendo que son malos, que en realidad demográficamente hay una ampliación de la representación de los grupos sociales en la universidad pero descontando lo que sería la dinámica propiamente demográfica hay una polarización. Los estudiantes ricos van a las mejores universidades y los pobres van a las peores, y muchos pobres no entran, entonces hay evidencia empírica para mostrar que este modelo no funciona,

incluso en el lugar en donde se ha desarrollado con mayor fuerza y creo que vale la pena verla porque el argumento es tentador, el argumento de la justicia social interna es bastante tentador, pero si se supone que la universidad está sostenida con las contribuciones, las universidades públicas se sostienen con las contribuciones, creo que la universidad misma debería de plantear que los sistemas impositivos vuelvan o recuperen mucha de su lógica progresiva, este, es parte del debate internacional.

¿Qué tenemos que ceder?, o sea, yo creo que este es uno de los temas que siempre nos lo ponen así, está bien, enseñen en gallego, pero cóbrenle caro a los estudiantes, cualquier cosa que pedimos nos dicen siempre lo mismo, es un tema de la agenda de ellos, entonces que lo demanden ellos, yo creo que hemos cedido muchísimo, que hoy lo que tenemos que plantear de cara a la sociedad es qué queremos recuperar ¿no? que habrá que ceder, si, pero no creo que haya que ceder como un tema de principio general, estos son los grandes temas que concede la universidad. Si quieres, yo diría que frente a otros colegas que plantean una visión más extrema de cero contacto con el mercado, yo personalmente estaría dispuesto a decir, recuperemos el balance, nunca hemos sido ajenos al mercado, no nos planteamos serlo ahora ¿no? porque sí hay gente que plantea en las universidades americanas que hay que romper todos los contactos de las escuelas de ingeniería y de veterinaria, hay esas posturas, no tienen mucho apoyo pero existen, ninguno de nosotros está en un movimiento semicastrista así tratando de romper computadoras y de acabar con los vínculos con el aparato productivo, quizás esa es la gran aceptación más que sesión ¿no?

¿Qué conocimiento es necesario desarrollar en la universidad para la sociedad del conocimiento? ¿Cómo interviene la tensión entre lo público y lo privado, entre el mercado y la globalización, entre marcos epistémicos teóricos o aplicados? ¿Qué reformas y cambios es necesario y posible realizar? ¿Cómo se adaptan los cambios en los planes de estudio a las condiciones culturales particulares de cada contexto? ¿Sociedad del conocimiento o sociedades del conocimiento? *Universidad y sociedad del conocimiento* responde a estas preguntas



desde una diversidad de contextos geográficos y puntos de vista, para lo cual aborda el conocimiento en la universidad del siglo XXI atendiendo a la complejidad del marco actual, con sus cruces y superposiciones de demandas sociales, políticas y económicas.

